

conoce muy bien estas capitales, se ha acostumbrado en ellas á lo mejor en punto á espectáculos escénicos y quiere que le den también lo mejor en Madrid, pero por poco dinero. Es imposible. Hombre que ha pagado sin murmurar diez francos por una *stalle* en la Grande Opera de París, dice que es cara una butaca por diez y seis reales en el teatro Real. Quieren oír á los primeros cantantes, ver á las primeras bailarinas de Europa, y en eso les alabo el gusto; pero no quieren pagar á proporcion de lo que exigen, y en eso veo yo uno de los vicios de raciocinio que tan frecuentes son en nuestro país.

Si el teatro Real es ya una necesidad en Madrid, como yo creo por muchas razones, el Gobierno debería coadyuvar á su sostenimiento, pero francamente, sin tapujos, como quien cumple una obligacion del Estado: lo mismo digo con respecto á un teatro nacional de verso. Sin tapujos, repito, porque nada hay mas fatal en materia de gastos públicos; es preciso, creo yo, señalar á esos teatros una subvencion en el presupuesto, á la luz del día, y prescindiendo por esta vez del antiguo aforismo, ¡tan triste, tan exacto! de que en España hay que hacer el bien como en otras partes se hace el mal,—á escondidas.

LXVI.

Hay en nuestro país una porcion de dichos por este estilo, que todo el mundo repite y que por desgracia son verdad. Algunos datan ya de muy antiguo, prueba de que los desórdenes que todos lamentamos no son solo de ahora; y prueba también de que en todo tiempo el sano criterio nacional, sobreponiéndose á las preocupaciones vulgares y á los estímulos de un mal entendido patriotismo, ha sentido profundamente nuestras desgracias y nuestros desaciertos, y ha acertado á condensar, digámoslo así, ese sentimiento en sentencias elocuentes, llenas de amargura y de verdad. Hay, entre otras, una de esas sentencias que analizada á fondo, se me figura que podría dar materia para un tratado precioso de filosofía de la Historia: tal es la siguiente, que aun hoy se oye con frecuencia en boca de nuestro pueblo: ¡Bah! por mucho que hagamos, nunca ha de faltarnos *papa* que nos descomulgue, ni rey que nos ahorque.

¡Ayúdeme vd. á sentir! Entré las sublimes facultades del papado, entre las altas atribuciones de la corona, esa sabia sentencia no nos asegura á los españoles mas que la constante é infalible aplicacion de dos, á saber, la excomunion y la horca! Y cuenta que siempre hemos sido y somos muy católicos y muy monárquicos... ¿qué seria si no lo fuéramos?...

No conozco frase mas *desengañada*, ninguna que pruebe mejor el desaliento, la indiferencia absoluta, casi estoy por decir el hastío de la vida que produce en los pueblos la sucesion constante de malos gobiernos. La verdad es que España ha sido durante los últimos tres siglos, con muy raros intervalos, uno de los pueblos peor gobernados del mundo. No diré que haya sido de los mas infelices en su condicion social, lejos de eso; pero creo sí, que ha sido de los menos atendidos en la legítima satisfaccion de sus necesidades intelectuales y de los mas atropellados en sus legítimos derechos. ¡Derechos! ¿á quién no hace sonreír aun hoy esta palabra en España?

Y no solo del *papa* y del *rey* desconfía, digámoslo así,

SEGUNDA SERIE.—1860.

nuestro escamado pueblo, á punto de no esperar con seguridad de uno y otro poder más *beneficios* que los arriba dichos, sino hasta del mismo cielo, como lo demuestra la conocida expresion, verdaderamente inconcebible en un país tan religioso como el nuestro: ¡*Fíate en la Virgen y no corras!*... Todavía me parece mas chocante la coplilla popular que dice:

«Vinieron los sarracenos
Y nos molieron á palos,
Que Dios protege á los malos
Cuando son más que los buenos.»

Pase al cabo la primera expresion, pues en efecto la doctrina nos enseña que debemos ayudarnos para que nos ayude Dios; pero la coplilla me parece decididamente impropia y no me la explico sino en virtud de esa rara disposicion que tenemos los españoles á poner en completo desacuerdo nuestros actos con nuestra razon y *vice-versa*. Cosas que en todas partes parecen contradictorias, no lo son entre nosotros. Cuando decimos por ejemplo (y esta es otra de nuestras expresiones *desengañadas* de que hablaba antes) que en España *dos y dos no son cuatro*, ¿qué hacemos mas que formular eso mismo en otros términos?... Tomada al pie de la letra, esa sentencia es un absurdo: considerada en su espíritu, encierra una triste verdad.

(Se continuará.)

EUGENIO DE OCHOA.

NATURALIDAD. Hay algunas jóvenes que no conocen bien las ventajas de una naturaleza feliz, y lo útil que les seria abandonarse á ella. Debilitan esos dones que reparte el cielo tan raros y tan frágiles, con maneras afectadas y una falsa imitacion. Su sonido de voz y su aire son prestados, compónense con extremo cuidado y se miran á un espejo para ver si se han apartado bastante de su natural, y solamente á fuerza de mucho trabajo es como llegan á agradar menos.

PINTURA.—CAZA Y PESCA.

¡Palideced, pescadores en la línea! cazadores sin malicia, ¿quién de vosotros ha encontrado jamás tanta dicha sino en sus mas bellos sueños? Delante de este cuadro, vuestro primer movimiento debe ser de envidia, y el segundo de sentimiento. ¡Porque á la verdad es demasiada pesca y caza para un solo hombre y un solo día! Con dos ó tres devastadores por canton como estos, no había mas que colgar para siempre el gancho, la escopeta y las redes. Al fin, la pintura de ningun modo se ha pensado conmueva vuestras pasiones; no se ha querido mas que espresar ámpliamente una idea de abundancia, que se ha conseguido. Este motivo es uno de aquellos que han seducido frecuentemente á los antiguos profesores de colorido de las escuelas holandesa y flamenca. A ellos les agrada representar así montones de peces, de caza de monte y de volatería, en un mercado

AÑO XVIII. 37

público, ó sobre una mesa de cocina. Para ellos la ocasion | sus paletas, prodigándoles toques de viva luz sobre sus na-
está propicia para hacer brillar los tonos mas buenos de | caradas escamas, ó sus brillantes plumages, ó sobre sus



ensangrentadas pieles. Snyders y Rubens, mas de una vez | en sus lienzos hasta en los grabados en negro, como el
se asociaron para sacar todo el efecto posible en las compo- | presente se reproduce.
siciones de este género, y todo cuanto se halla de magnífico

MANUEL GUZMAN.

INDICE

DE LOS ARTÍCULOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

- El canto del Calvario, página 1.
 El último conde de Urgel don Jaime el Conquistador, por don F. Janer, páginas 2, 27.
 Turruja (Africa Oriental), p. 7.
 La partida, p. 8.
 Las aventuras del maestro Blok, por el Excmo. señor conde de Fabraquer, pág. 11.
 Llanuras de Africa, p. 18.
 El posadero burgomaestre y el barbero abogado, p. 18.
 Sinónimos castellanos, por don Manuel Breton de los Herreros, ps. 21, 88, 152, 237, 261.
 El carnero con mangas, p. 22.
 Rodolfo el Negro, fundador del principado de Valaquia, por el señor don José Muñoz y Gaviria, p. 26.
 Historia natural en accion.—Las abejas, traducido por don J. P. Comoto, p. 33.
 Florencia.—Sus costumbres.—Carácter de sus habitantes.—Paseos.—Teatros, por el conde de Fabraquer, p. 40.
 El perro perdiguero, novela, por el conde de Fabraquer, ps. 42, 51, 90, 100, y 134.
 Estudios sobre la India inglesa.—La vida en Calcuta, p. 46.
 La Caridad, p. 50.
 Recuerdos de Chile, por don José Muñoz y Gaviria, p. 59.
 Los baños de Colina en Chile, p. 61.
 Un viaje al firmamento, por don Salvador Costanzo, ps. 62, 104 y 157.
 El último día de Sagunto, por don Joaquín Sanchez de Fuentes, ps. 64, 75, y 116.
 Profundidad de las minas, por M. V., p. 69.
 Glorias de España.—Los modelos de constancia, por don F. Fernandez Villabrille, p. 69.
 El vicio y el favor, por Bossuet, p. 71.
 El castor, p. 71.
 La capilla Sixtina, por el conde de Fabraquer, p. 74.
 El último comunero, por don Antonio Ferrer del Rio, ps. 79, 111, 125, 148, y 171.
 Pablo Delaroché, p. 82.
 Basilea.—Su catedral.—Su famoso concilio general, p. 86.
 Un viejo cazador, p. 88.
 América Meridional.—Varias ascensiones, p. 93.
 Fr. Ponce de Leon, por don Francisco Fernandez Villabrille, p. 97.
 El nuevo bosque de Bolonia, por don Facundo Miguez, p. 107.
 Venecia.—Las cisternas del agua, por el conde de Fabraquer, p. 115.
 Vistas diversas, p. 120.
 Julio Sandeau, p. 123.
 Génova.—Las barcas de Génova.—El barquero maldito, por el conde de Fabraquer, p. 124.
 ¿Por qué fueron espulsados de España los moriscos? por don F. Janer, páginas 129 y 157.
 Thoun, ps. 131, 237.
 Juventud y vejez, poesía por don Ignacio Virto, p. 133.
 París, Londres y Madrid, por don Eugenio de Ochoa, ps. 141, 160, 194 y 281.
 Córcega.—Certe, p. 143.
 Alejandro de Humboldt, p. 145.
 Ginebra, por don José Muñoz y Gaviria, p. 147.
 Viage á los Pirineos, por don José Muñoz y Gaviria, ps. 153, 177, 201, y 225.
 Anécdotas históricas, p. 166.
 Juan Pablo Pannini, p. 167.
 El puente de Carlos Alberto, por don José Muñoz y Gaviria, p. 170.
 Grindewald.—Suiza, por el conde de Fabraquer, p. 177.
 Tres épocas de la vida de un gran poeta, por don José Muñoz y Gaviria, p. 182.
 Creencias populares de la edad media.—La danza de la muerte, por don F. Janer, p. 185.
 Anécdotas históricas de Felipe V, por don José Muñoz y Gaviria, p. 186.
 El fingido obispo griego, por el conde de Fabraquer, p. 188.
 Las ardillas, por don M. Guzman, página 190.
 Las Estaciones modernas, por don M. Guzman, p. 193 y 206.
 La cascada de Kambagaga, en la Senegambia, por don M. Guzman, página 204.
 Una dalia, por don José Muñoz y Gaviria, p. 208.
 Bellinzona.—Suiza, por el conde de Fabraquer, p. 211.
 Los instrumentos mágicos de la edad media, por don F. Janer, p. 212.
 Casa de Correos.—La gran posta de Londres, por don M. Guzman, página 214.
 Antes y ahora, por don José Muñoz y Gaviria, p. 217.
 Leonardo de Vinci, por don José Muñoz y Gaviria, p. 218.
 Los zapatos de Abul Kasin, por don José Muñoz y Gaviria, p. 225.
 El anochecer, fragmento de un libro inédito, p. 231.
 Un recuerdo de Garrovillas, por don Vicente Blanes Castillo, p. 234.
 Los perros y sus amos, p. 239.
 La pesca de los morsos, por don Manuel Guzman, p. 242.
 El capitán Fitzmoor ó la rebelion de los cipayos, ps. 243 y 267.
 Los juegos florales, por don F. Janer, p. 254.
 Antigüedades de Caldas de Mombuy, por F. Janer, p. 259.
 Brienz y su lago, p. 261.
 Las dos miserias, por don Ignacio Virto, p. 264.
 La Navidad.—En la edad media.—En nuestros días, por el conde de Fabraquer, p. 267.
 Las campanas de la iglesia de San Pedro en Caens, p. 279.
 La caza y la pesca, p. 289.



INDICE

DE LOS GRABADOS CONTENIDOS EN ESTE TOMO.

Ví un grupo compuesto de tres personas, página 1.	El abate L'Epée, copia del cuadro de Fellmann, p. 97.	Las Estaciones modernas, p. 193.
Alrededores del Turruja, p. 8.	Bosque de Bolonia. — El Gran lago, p. 108.	Corrida de vacas landesas, p. 204.
Separacion de Marco y su familia, p. 9.	Bosque de Bolonia. — La gran cascada, p. 109.	Cascada de Kambagaga, pág. 205.
Con grande asombro vieron salir los muebles, etc. p. 17.	Vistas diversas, p. 120.	La partida, pág. 209.
El carnero con mangas, p. 24.	Julio Sandeau, p. 121.	Ultimo cuarto de hora en la gran Pos-ta de Lóndres, p. 216.
Rodolfo el Negro, p. 25.	Thoun, p. 132.	Antes y ahora, p. 217.
Las abejas y el caracol en la colmena de cristal, p. 36.	Juventud y vejez, p. 133.	Marinero y vendedoras en Burdeos, p. 226.
Virgilio y las abejas, p. 37.	Vista de Certé, p. 144.	Paseo de Quincece en Burdeos, página, 228.
Combate de las abejas, p. 40.	Pablo Humboldt, p. 145.	Vista del gran teatro de Burdeos, página 229.
Vista del puerto de Calcuta, p. 48.	Juanilla, p. 153.	Paisano y griseta de Burdeos, p. 231.
La Caridad, p. 49.	Antiguo arrabal de Saint Esprit, página 156.	Los perros y sus amos, p. 240.
Cuesta de Zapata, en Chile, p. 60.	El tributo del 13 de junio, p. 157.	La pasca de los morsos, p. 241.
Carretera chilena, p. 61.	Monumentos antiguos de Roma; cuadro por Pablo Pannini, p. 168.	Wilhelmina en palanquin, p. 252.
El castor, p. 72.	Vista del puente de Carlos Alberto, página 169.	Alto en el camino de Bellora, p. 253.
Vista interior de la capilla Sixtina, página 73.	Vista exterior de la catedral de Bayona, p. 177.	Las dos miserias, p. 264.
Pablo Delaroche, p. 84.	Pastores de las Landas, p. 180.	El nacimiento del Hijo de Dios, p. 265.
Fragmento del hemicycle de la escuela de Bellas Artes, pintado por Pablo Delaroche, p. 85.	Modo de podar los pinos en las Landas, p. 181.	De un salto le rompe el cráneo, etc., p. 276.
El viejo cazador, copia del cuadro de Mr. Haffner, p. 89.	Roedores, p. 192.	Palacio de Bellora, p. 277.
Chimborazo, p. 96.		Iglesia de San Pedro en Caens, p. 280.
		La caza y la pesca, p. 290.

PLANTILLA

PARA LA COLOCACION DE LAS LÁMINAS DE ESTE TOMO.

Lausana.	19	Ginebra	147
Vendedores de sorbetes en Florencia.	40	Grindelwald.	175
Mulibach.	69	Bellinzona.	211
Bac.	87	Thun.	237
Aguadores de Venecia.	115	Brienz.	261
Las barcas de Génova.	123	Segadores de las inmediaciones de Basano.	265

